

Carmen Alardín:

miradas a la vida y miradas a la muerte

RENÉ AVILÉS FABILA

Miradas paralelas es un libro de poesía y su autora, Carmen Alardín es una poeta de grandes vuelos. Ha sido maestra de literatura y de periodismo, pero básicamente es poeta. Lo es oficialmente desde 1951 en que publicó, a los dieciséis años de edad, su primer libro, El canto frágil. Luego, en 1953, aparece, para confirmar su talento precoz, Pórtico Labriego. Pero ya lo era desde antes, desde muy pequeña, desde que sus sueños infantiles la imaginaban escribiendo poemas. En 1984 obtiene el Premio Xaver Villaurrutia y ese galardón la confirma en lo que todos sabíamos, es poeta. Poeta, insisto, de altos vuelos, por más que trate de ocultarse bajo el manto de la modestia, o por más que padezcamos la inexistencia de la crítica literaria que valore a los escritores y los ponga en su justo medio, es poeta y es de las mejores.

Ahora nos entrega Miradas paralelas, un hermoso libro de poemas donde hay una multitud de historias fascinantes o ¿usted no cree que los poetas también

cuenten cosas? Lo hacen, pero utilizan otras herramientas como las metáforas y los simbolismos. ¿Qué nos quiere decir Carmen con sus poemas? Son palabras de amor, son presagios, recuerdos, nostalgias, vaticinios, ironías. Son las miradas distintas de quien tiene los ojos abiertos al que los tiene cerrados. Ambos ven, sólo que de manera diferente. Es lo que se ve cuando se apaga el mundo para siempre. Esta es la diferencia y las miradas en ambos casos ven cosas a veces opuestas. En el poema “Con los ojos cerrados”, nos dice Carmen: “El mundo no se acaba cuando cierras los ojos,/ otro mundo se forma./ No eres tú quien dibuja nuestros días;/ son formas paralelas que conducen/ a invisibles ciudades.”

El poema “Miradas entre los pies y los zapatos” me trajeron de golpe al Pablo Neruda que le cantaba a sus calcetines o a las cebollas. Mirar a los pies como a dos desconocidos, a dos pies que de pronto se niegan a coexistir con los zapatos y fracasan al tratar de meter un gol y luego le echan la culpa del fracaso al dueño de los pies.

Dentro de las obsesiones de Carmen sin duda están las posibilidades de los ojos, lo que pueden ver, sus limitaciones y sus enormes posibilidades. Pobre de aquellos que carecen de ojos, que no pueden ver, que los han cerrado. Los ojos son la mejor representación de la vida. Carmen dice “El mundo no se acaba cuando cierras los ojos,/ otro mundo se forma.” Y adelante señala que hay lectores enamorados que cuando salen de las bibliotecas sus ideas se transforman en hermosas mujeres, en caballos de cuerda o de verdad, en doncellas que siembran alcachofas y ven brotar gemelos de las coles o convencen a las nubes de sentarse. Todo eso y más pueden hacer un hombre o una mujer que han estado en las bibliotecas, que han leído multitud de libros. Lo sé y lo sé bien porque de niño sólo los libros me acompañaron y fue suficiente, allí comencé a preparar la multitud de temas que han acompañado a mi literatura: animales y monstruos, situaciones extrañas y seres asombrosos, me entraron por los ojos en la biblioteca de mi madre y ya en las calles le contaba a mis amigos historias inventadas merced a las lecturas hechas.

Luego están las miradas que intercambian los seres humanos y Dios. Aquí caben los reclamos por su hondura:

Dios, que creaste tan sólo por morir,
 Amante Dios muralla y Dios espejo
 Que bajas a mirarte entre los hombres,
 Cuando ellos suben a mirarse en ti.
 Amante Dios Amor
 ¡qué desencuentro!

¿En verdad somos animales extraños a los ojos de Dios? ¿Utiliza sus garras hacia adentro para herirse a sí mismo? Qué Dios tan extraño tenemos que pasa la vida cerrando puertas y multiplicando imágenes en pantallas móviles para estar seguro de que existe. Carmen ha sem-

brado sus dudas o sus afirmaciones en nosotros, sus lectores. El juego infinito ha concluido: Dios es solamente Dios. Carmen ha encontrado la verdad en un extraño y sugerente intercambio de miradas entre el poder celestial y los modestos hombres que a veces construyen dioses.

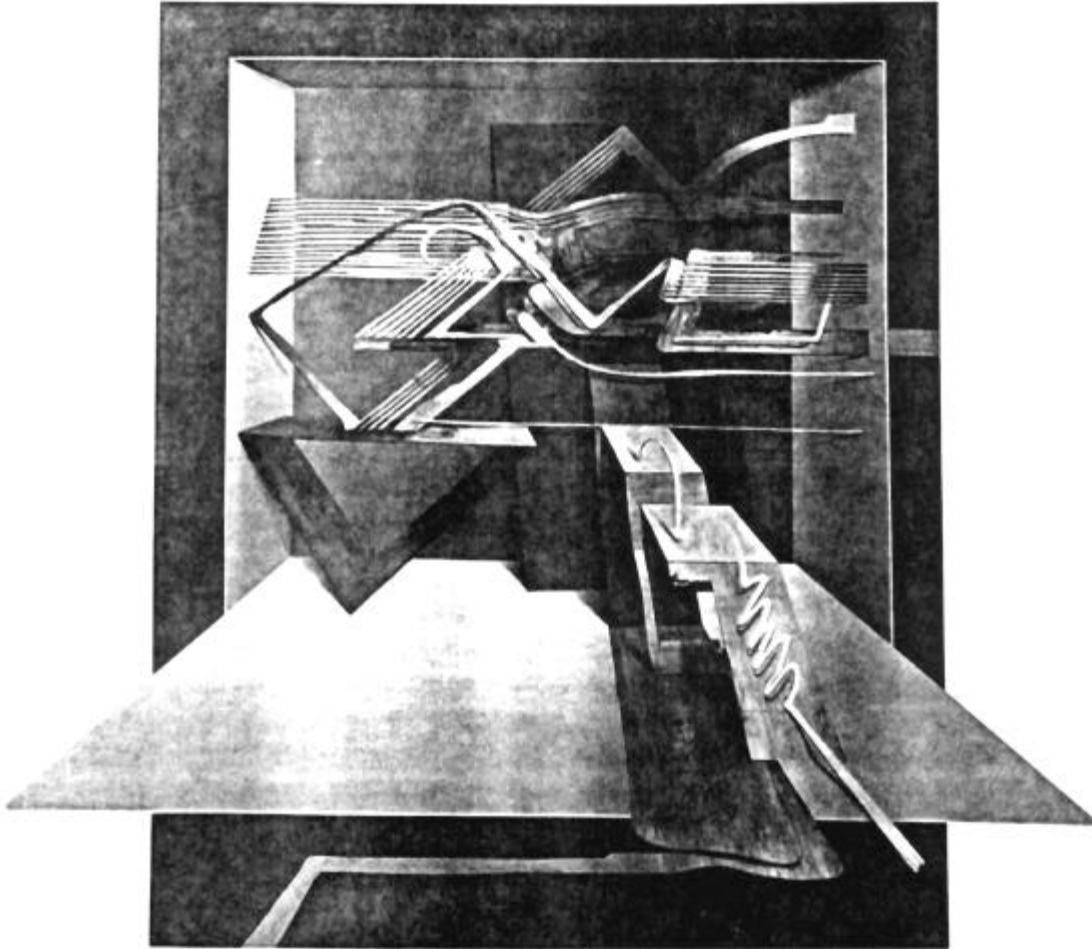
Carmen Alardín, por otra parte, mira cosas que por usuales, ya nadie ve, mucho menos, analiza y descubre qué es una ventana, ve en la ventana como una boca de luz, que se alimenta de todas las variantes de la luz. No es una limitante como muchos creen, es un lugar para avizorar a nuestros semejantes y ver los colores y la iluminación del día y las sombras de la noche.

¿Cómo se miran el hombre y la mujer? Una vez que se han apagado las luces del restaurante y la pareja continúa en la misma mesa: “Tú frente a mí. Yo frente a ti.” Cuando la charla es exigua o si hay titubeos para despedirse con palabras o con besos, ¿para qué?, pregunta la poeta, si ya se han observado. Lo demás carece de importancia.

No falta el humor, delicado y agudo, fino, como “Mirada cambiante”:

La niña miró al espejo esta mañana
 Y se encontró más alta.
 Lloró cual si crecer fuera un pecado,
 O si sangrar fuera mortal.
 Sus miradas se fueron navegando
 Entre sus lágrimas.
 Sus pupilas rodaron por el suelo
 Salieron al jardín y fecundaron la tierra.
 Hoy la niña es mujer y no se aflige
 Si le crecen los senos.
 Al contrario, se inyecta silicones.

Recuerdo hace ya algunos años, cuando me enfrente por vez primera a la poesía de Carmen Alardín, lo hice sin conocerla personalmente. Cuando al fin la conocí y



Oswaldo Sagástegui

hablé con ella por vez primera, pude comprobar que era tan espiritual como su poesía. No intercambiamos muchas palabras, quizá los saludos habituales y las cortesías de siempre, alguna pregunta por el amigo común que hace tiempo ninguno ve, pero se siente su fuerte presencia poética. Quizá por ello nunca pude imaginarla reportera, enfrentando las cosas cotidianas de la vida, mirando lo peor de la vida, sabemos que las malas noticias son las noticias y que a ningún diario le interesa una historia sencilla, amable y conmovedora, que un terremoto que asesina a miles o una manifestación de protesta masacrada es noticia, ¿qué hace allí una mujer de extrema sensibilidad poética? Nunca lo supe ni pienso preguntarlo. Sólo sé que cada vez que Carmen mira a su alrededor encuentra poesía y si no la hay, la inventa con

su prodigiosa pluma. Ella, que es capaz de hablarle al muro de las lamentaciones, a ella, a quien su ángel guardián no le presta sus alas o que llegó a la sala de tormentos y el potro estaba descompuesto, es asimismo capaz de inspirar poesía a los más reacios. Después de leer la poesía de Carmen Alardín, de leer detenidamente sus imágenes tan bellas y llenas de propuestas inquietantes, como ella misma lo dice en su poema “Al cerrar el libro”, uno queda prisionero. En lo sucesivo, propone Carmen, poeta y lector, sus miradas paralelas marchan por las calles, en una grandiosa manifestación de muy bellas ideas que la gran poeta nos ha dado en un libro simplemente prodigioso. ■

ravilesf@prodigy.net.mx
www.renevilesfabila.com.mx